GUSTAVO GARCÍA SARAVÍ

EL ESPEJO

¿De quién es este poema que me mira,
este rostro de liquen, anhelante,
esta abrumada linfa, semejante
a la acidez y al llanto y a la ira?

¿De quién es esta boca que suspira,
este cutis de cal, agonizante,
esta verdad que tengo por delante,
esta verdad doblada en la mentira?

¿Qué sangre la recorren, qué creencia
sostiene su crueldad o su inocencia,
su virtud, su ignorancia, su egoísmo?

¿Soy o no soy esta pasión de enfrente
este rostro cercano y diferente
tan igual a mi alma y a mi mismo?

EL ENTRERRIANO

Sol a sol, lanza a lanza y mano a mano,
mil veces me jugué por mi partida.
La muerte era lo mismo que la vida.
Lo mismo el enemigo que el hermano.

Me vieron por el monte y por el llano
ganándole a la pena y a la herida,
con mi victoria y la tacuara erguida
sobre mi pulso ardiente y entrerriano.

Y me vieron también sangrarme entero

por la mujer que quise más que nada,
Delfina de mi fe, mi adiós postrero.

Digo mi nombre para que me mires
y me busques detrás de tu mirada:
Fui Ramírez. Yo soy Pancho Ramírez.

EL INDIO MUERTO

Yo soy el grito y el calor, la danza
alrededor del fuego, la dulzura
primordial del país, la curvatura
dolida en tierra y sal de la venganza.

Y soy el hueso y la vejez, la lanza
de las derrotas y la quebradura,
el último rencor y la tortura
gris de desesperar de la esperanza.

Yo soy la vincha y el volcán y el brujo
y el amuleto donde desdibujo
mi antigua diosa-nube, mi dios-rayo.

Estoy muerto y ninguna cruz me nombra.
Sólo pido dos cosas: dadme sombra
en mi tumba y traedme mi caballo.